

rio ó heredero, como gustéis, de José Bálsamo, porque José Bálsamo ha muerto en realidad, yo no debo aceptar más que las sumas expresadas en el recibo. De consiguiente tomo los billetes, monseñor, y como tengo una urgente necesidad de toda la suma en este mismo día, enviaré á buscar el oro y la plata, que os ruego me tengáis prontos.

Y dichas estas palabras, á las que el cardenal no halló que replicar, Cagliostro se metió los billetes en el bolsillo, saludó respetuosamente al príncipe, en cuyas manos dejó el recibo, y se retiró.

— La desgracia solo recae sobre mí, dijo M. de Rohán suspirando, después de la salida de Cagliostro, puesto que la reina se halla en posibilidad de pagar, y que, á lo menos, á ella no irá un José Bálsamo inesperado á reclamarle un atraso de quinientas mil libras.

CAPÍTULO VII.

CUENTAS CASERAS.

Era ya la antevíspera del primer pago indicado por la reina, y M. de Calonne no había cumplido aún sus promesas; sus cuentas no estaban aprobadas por el rey.

La causa de este retardo nacía de que el ministro había tenido muchas cosas que hacer, y había olvidado un poco á la reina. Esta, por su parte, no creía propio de su dignidad el refrescar la memoria del ministro de Hacienda: habiendo recibido su promesa, aguardaba.

Sin embargo, principiaba ya á inquietarse é informarse, y á idear los medios de hablar á M. de Calonne sin comprometer á la reina, cuando le llegó un billete de su ministro en que éste decía:

« Esta tarde será firmado en el consejo el negocio de que V. M. me ha hecho el honor de encargarme, y mañana por la mañana estarán los fondos en poder de la reina. »

Con la lectura de este billete, recobraron toda su alegría los labios de María Antonieta, la cual desde entonces ya no pensó en nada, ni siquiera en aquella mañana tan pesada.

Hasta se la vió buscar en sus paseos las calles de árboles más retiradas, como para aislar sus pensamientos de todo contacto material y mundano.

Aun se seguía paseando con madama de Lamballe y con el conde de Artois que se le había reunido, cuando el rey entró en el consejo después de comer.

El rey estaba de mal humor, pues las noticias de Rusia eran malas; se había perdido un navío en el golfo del León, y algunas provincias no querían pagar la contribución. Un mapamundi, pulimentado y barnizado por el mismo rey, se había resquebrado de calor, y la Europa se hallaba cortada en dos partes en la unión del grado 30 de latitud con el 35 de longitud. S. M. estaba de ceño con todos, hasta con M. de Calonne.

En vano presentó éste su hermosa cartera perfumada, con un semblante risueño; el rey se puso á escarabajar, silencioso y lento, algunas líneas cruzadas que significaban: Tempestad, así como los *gordolopos* y los *caballos* significaban buen tiempo. Porque el rey tenía la manía de dibujar durante los consejos. Á Luis XVI no le gustaba mirar á las personas á la cara, porque era tímido; de consiguiente el tener una pluma en la mano le daba aplomo. Mientras de este modo se ocupaba, podía el orador desenvolver sus argumentos; el rey, levantando un ojo furtivo, tomaba de acá y allá un poco de fuego de sus miradas, precisamente lo indispensable para no olvidar al hombre al juzgar la idea.

Si hablaba él mismo, y hablaba bien, su dibujo quitaba todo aire de pretensión á su discurso; no tenía que accionar, podía interrumpirse ó animarse á su antojo, y, en caso necesario, el rasgo sobre el papel reemplazaba los adornos de la palabra.

El rey tomó pues la pluma, según su costumbre, y los ministros principiaron la lectura de los proyectos ó de las notas diplomáticas.

El rey no desplegó los labios; dejó pasar la correspondencia extranjera, como si no comprendiese una palabra en este género de trabajo; pero al llegar el detalle de las cuentas del mes, levantó la cabeza.

M. de Calonne acababa de abrir una memoria relativa al empréstito proyectado para el año siguiente.

El rey se puso á cruzar líneas con furor.

— ¡Siempre empréstitos, sin saber cómo pagaremos! dijo; sin embargo ese es un problema, M. de Calonne.

— Señor, un empréstito es la sangría hecha en una fuente; el agua desaparece de aquí, para abundar allí. Hay más; el agua se ve doblada por las aspiraciones subterráneas. Y primeramente, en vez de decir cómo pagaremos, sería preciso decir, cómo y sobre qué tomaremos prestado, porque el problema de que habla V. M. no está en saber con qué se pagará, sino si se hallarán prestamistas.

El rey se apresuró á cruzar las líneas, hasta hacerlas de un negro el más subido, pero no añadió una sola palabra: sus rasgos hablaban por sí mismos.

Habiendo M. de Calonne expuesto su plan con la aprobación de sus colegas, el rey tomó el proyecto y lo firmó, aunque suspirando.

— Ahora que tenemos dinero, dijo M. de Calonne riendo, gastemos.

El rey miró á su ministro con gesto, y de su sombreado hizo un borrón.

M. de Calonne le presentó un estado compuesto de pensiones, gratificaciones, premios, donativos y sueldos.

El trabajo era corto y bien detallado. El rey dió vuelta á las páginas y se apresuró á ver el total.

— ¡Un millon cien mil libras por tan poco! ¿cómo es eso?

Y dejó descansar la pluma.

— Leed, señor, leed, y dignaos observar que de un millón cien mil libras, hay un solo artículo que importa quinientas mil.

— ¿Qué artículo, señor ministro de Hacienda?

— El anticipo hecho á S. M. la reina, señor.

— ¡Á la reina!... exclamó Luis XVI. ¡Quinientas mil libras á la reina! ¡Eh! es imposible.

— Perdonad, señor; la suma es exacta.

— ¡Quinientas mil libras á la reina! repitió el rey. Preciso es que haya en eso algún error, pues la semana última... no, la última quincena, he mandado pagar el trimestre á S. M.

— Señor, la reina ha tenido necesidad de dinero, y sabido es qué uso hace de él S. M.; no es extraordinario...

— ¡No, no! exclamó el rey, sintiendo la necesidad de hacer hablar de su economía y de conciliar algunos aplausos á la reina cuando fuese á la Ópera; la reina no quiere esa suma, señor de Calonne. La reina me ha dicho que un navío vale más que un aderezo. La reina opina que si la Francia toma prestado para alimentar á sus pobres, nosotros los ricos debemos prestar á la Francia. De consiguiente, si la reina tiene necesidad de dinero, su mérito será mayor aguardando, y yo os garantizo que ella aguardará.

Los ministros aplaudieron mucho este rasgo patriótico del rey, que el divino Horacio no habría llamado *Uxorius* en esa ocasión.

Solo M. de Calonne, que sabía el apuro de la reina, insistió en la aprobación de esta suma.

— En verdad que os interesáis más por nosotros que nosotros mismos, dijo el rey. Calmaos, M. de Calonne.

— La reina, señor, me acusará de haber mostrado muy poco celo en su servicio.

— Yo os defenderé con ella.

— Señor, la reina nunca pide sino cuando la fuerza la necesidad.

— Si la reina tiene necesidades, espero que serán menos imperiosas que las del pobre, y será ella la primera que convenga en ello.

— Señor...

— Artículo oído, dijo el rey resueltamente, y tomó la pluma para cruzar líneas.

— ¿Vais á tachar esa suma, señor? preguntó M. de Calonne consternado.

— La tacho, respondió majestuosamente Luis XVI. Y me parece que estoy oyendo la voz generosa de la reina dándome gracias por haber comprendido tan bien su corazón.

M. de Calonne se mordió los labios. Luis, contento con este sacrificio personal y heroico, firmó todo el resto con una buena fe ciega.

Dibujó una hermosa cebrá rodeada de ceros, repitiendo:

— Esta tarde he ganado quinientas mil libras: hermosa jornada de rey, Calonne; dad esta buena noticia á la reina, y ya veréis, ya veréis.

— ¡Dios mío! señor, murmuró el ministro, me llenaría de desesperación si quitase á V. M. la alegría de darle esa noticia: á cada cual según sus méritos.

— Bien, replicó el rey. Levantemos la sesión. Basta de tarea, cuando esta es buena. ¡Ah! ¡ahí viene la reina; vamos á recibirla, Calonne!

— Señor, sírvase V. M. dispensarme, pues tengo aún que firmar.

Y se escabulló lo más pronto que pudo por el corredor.

El rey salió arrogantemente y muy gozoso al encuentro de María Antonieta, que entraba cantando en el vestíbulo, apoyando su brazo en el del conde de Artois.

— Señora, dijo, habéis dado un buen paseo ¿no es verdad?

— Excelente, señor, y vos, ¿habéis trabajado bien?

— Juzgad de ello, pues os he ganado quinientas millibras.

— Calonne ha cumplido su palabra, pensó la reina.

— Figuraos, añadió Luis XVI, que Calonne os había puesto en la lista de créditos por medio millón.

— ¡Oh! exclamó María Antonieta sonriendo.

— Y yo... he tachado la suma. Conque he ahí quinientas mil libras ganadas de una plumada.

— ¿Cómo tachado? preguntó la reina palideciendo.

— Rotundamente. Eso va á haceros un bien enorme. Buenas tardes, señora, buenas tardes.

— ¡Señor, señor!

— Tengo mucha hambre, y me vuelvo á mi cámara. ¿No es verdad que he ganado bien mi cena?

— ¡Señor!.. escuchad.

Pero Luis XVI se fué dando brinquetes y alegre de su broma, dejando á la reina atónita, muda y consternada.

— Hermano mío, manda que me llamen á M. de Calonne, dijo por último al conde de Artois; en esto debe haber habido alguna mala pasada.

Precisamente en este momento traían á la reina el siguiente billete del ministro:

« V. M. habrá sabido que el rey ha rehusado el crédito. Es incomprensible, señora, y yo me he retirado del consejo enfermo y penetrado de dolor. »

— Leed, dijo la reina entregando el billete al conde de Artois.

— ¡Y hay quienes dicen que nosotros dilapidamos la Hacienda, hermana mía! exclamó el conde. Eso es un proceder...

— De marido, murmuró la reina. Adiós, hermano mío.

— Recibid mi pésame, querida hermana; me doy por advertido, yo que quería pedir mañana.

— Que vayan á buscar inmediatamente á madama de La Motte dondequiera que esté, dijo la reina á madama de Misery después de una larga meditación.

CAPÍTULO VIII.

MARÍA ANTONIETA REINA. — JUANA DE LA MOTTE MUJER.

El correo que habían despachado á madama de La Motte, halló á la condesa, ó más bien no la halló en casa del cardenal de Rohán.

Juana había ido á visitar á Su Eminencia, en cuya casa había cenado, y estaba hablando con él de aquella intempestiva restitución, cuando fué el correo á preguntar si se hallaba la condesa en casa de M. de Rohán.

El suizo, como hombre diestro, respondió que Su Eminencia había salido, y que madama de La Motte no estaba en el hotel; pero que nada más fácil que decirle el recado de que la reina había encargado á su mensajero, en atención á que probablemente vendría al hotel aquella noche.

— Que vaya á Versalles lo más pronto que pueda, dijo el correo, y partió, después de haber sembrado el mismo aviso en todos los domicilios presuntos de la nómada condesa.

Pero apenas partió el mensajero, el suizo, desempeñando

su comisión sin ir muy lejos, envió su mujer á prevenir á madama de La Motte en casa de M. de Rohán, donde los dos asociados estaban filosofando á sus anchuras sobre la inestabilidad de las gruesas sumas de dinero.

La condesa comprendió por este aviso que era urgente su ida á Versalles. Pidió dos buenos caballos al cardenal, quien la instaló por sí mismo en una berlina sin escudo de armas, y mientras hacía multitud de comentarios sobre este mensaje, la condesa corría tan bien que en una hora llegaba delante de palacio.

Había alguno aguardando, y la introdujo inmediatamente á la presencia de María Antonieta.

La reina estaba retirada en su cuarto, el servicio de noche concluído, y no quedaba en el aposento ninguna camarista, excepto madama de Misery que estaba leyendo en el pequeño retrete.

María Antonieta bordaba ó fingía bordar, aplicando un oído inquieto á todo el ruido de fuera, cuando Juana se precipitó á su presencia.

— ¡ Ah! exclamó la reina, ¡ ya estáis aquí, tanto mejor! Una noticia... condesa.

— ¿ Buena, señora?

— Vais á verlo. El rey ha rehusado las quinientas mil libras.

— ¿ Á M. de Calonne?

— Á todos. El rey no quiere ya anticiparme dinero... Estas cosas sólo á mí me pasan.

— ¡ Dios mío! murmuró la condesa.

— ¡ Es increíble! ¿ no es verdad, condesa? Rehusar, tachar la orden de pago ya extendida! En fin, no hablemos más de lo que no puede remediarse. Vais á volver pronto á París.

— Bien, señora.

— Y diréis al cardenal, puesto que ha manifestado tanto empeño en complacerme, que aceptó sus quinientas mil libras hasta el próximo trimestre. ¡Condesa, es un egoísmo de mi parte ! pero es preciso... yo abuso.

— ¡ Ay ! señora, murmuró Juana, ¡ estamos perdidas ! El señor cardenal no tiene ya dinero.

La reina dió un salto, como si acabase de ser herida ó insultada.

— No tiene ya... dinero, balbuceó.

— Señora, le han reclamado una deuda con la que ya no contaba M. de Rohán ; era una deuda de honor y la ha pagado.

— ¡ Quinientas mil libras !

— Sí, señora.

— Pero...

— Era todo el dinero que le quedaba ; no tiene ya ningún recurso.

La reina se paró como aturdida por esta desgracia.

— Estoy despierta, ¿ no es verdad ? dijo. ¿ Soy yo en efecto á quien suceden todos estos contratiempos ? ¿ Cómo sabéis, condesa, que no queda ningun dinero á M. de Rohán ?

— Señora, hace hora y media me contó él ese desastre ; desastre tanto menos reparable, cuanto que las quinientas mil libras eran lo que se llama el fondo de su naveta.

La reina apoyó su frente sobre ambas manos.

— Es preciso tomar una grande resolución, dijo.

— ¿ Qué va á hacer la reina ? pensó Juana.

— Ya lo veis, condesa, es una lección terrible que me castigará el haber hecho á escondidas del rey una acción de mediana importancia, de mediana ambición ó de mezqui-

na coquetería. Confesad que yo no tenia ninguna necesidad de ese collar.

— Es verdad, señora ; pero si una reina no consultase más que sus necesidades y sus gustos...

— Ante todo yo quiero consultar mi tranquilidad y la felicidad de mi casa. Necesitaba este primer contratiempo para probarme los muchos disgustos á que iba á exponerme, y cuán fecundo en desgracias era el camino que yo había escogido. Renuncio á él. Caminemos francamente, caminemos libre y sencillamente.

— ¡ Señora !

— Y para principiar, sacrifiquemos nuestra vanidad en el altar del deber, como diría M. Dorat.

Luego murmuró exhalando un suspiro :

— ¡ Ah, sin embargo, ese collar era muy hermoso !

— Y lo es todavía, señora ; y ese collar es dinero contante.

— Desde ahora para mí no es más que un montón de piedras. Y de las piedras, cuando uno ha jugado con ellas, se hace lo que los niños después del juego del calderón, que las arrojan ó las olvidan.

— ¿ Qué quiere decir la reina ?

— La reina quiere decir, querida condesa, que vais á tomar el estuche traído... por M. de Rohán... y á devolverlo á los joyeros Boehmer y Bossange.

— ¿ Devolvérselo ?

— Precisamente.

— Pero, señora, V. M. ha dado doscientas cincuenta mil libras en arras.

— Condesa, son doscientas cincuenta mil libras que yo gano ; vedme ya acorde con las cuentas del rey.

— ¡ Señora, señora ! exclamó la condesa. ¡ Perder de

ese modo una cuarta parte de un millón ! porque puede suceder que los joyeros pongan dificultad en devolver unos fondos de que habrán dispuesto.

— Cuento con eso y les abandono las arras, con tal que se rescinda el contrato. Desde que entreveo ese desenlace, condesa, me siento más ligera. Con ese collar han venido á instalarse aquí los cuidados, los pesares, los temores y las sospechas. Jamás esos diamantes habrían tenido bastante fuego para secar todas las lágrimas que siento pesar sobre mí. Los joyeros hacen un excelente negocio ; doscientas cincuenta mil libras de regalo es una buena ganancia ; la misma que harían con la venta, y además ahora se quedan con el collar. Supongo que no se quejarán, y que nadie sabrá nada.

— ¿ Pero M. de Rohán, señora ?

— El cardenal sólo ha obrado con la mira de complacerme. Le diréis que todo mi placer lo cifro en no tener ya ese collar, y si es hombre de talento me comprenderá, y si es buen sacerdote, me aprobará y me fortalecerá en mi sacrificio.

Y diciendo estas palabras, la reina alargaba el estuche á Juana, que lo rechazó suavemente diciendo :

— Señora, ¿ por qué no tratar de obtener aún un plazo ?

— ¡ Pedir !... ¡ Oh, no !

— He dicho obtener, señora.

— Pedir es humillarse, condesa ; obtener es ser humillada. Convendría quizás en que pudiese uno humillarse por una persona amada, por salvar una criatura viviente, aun cuando fuese su perro ; pero, para tener el derecho de guardar estas piedras que queman como ascuas sin ser más luminosas y tan duraderas, ¡ oh ! condesa, ningún consejo

podrá decidirme á aceptar. ¡ Jamás ! ¡ Llevaos el estuche, querida mía, lleváoslo !

— Pero debéis pensar, señora, en el ruido que esos joyeros van á hacer, por pequeñez, á lo menos, y para compadecerlos. Vuestra repulsa será tan comprometida como lo habría sido vuestra aquiescencia, porque todo el mundo sabrá que habéis tenido en vuestro poder los diamantes.

— Ninguno sabrá nada. No debo ya nada á esos joyeros ; no los volveré á ver ; no harán nada de más en callarse por mis doscientas cincuenta mil libras, y mis enemigos, en vez de decir que compro diamantes por millón y medio, dirán solamente que doy mi dinero al comercio. Esto es menos desagradable. Llevadlo, condesa, llevadlo, y dad excesivas gracias á M. de Rohán por su obsequio y buena voluntad.

Y con un movimiento imperioso, la reina entregó el estuche á Juana, la cual no sintió este peso en sus manos sin cierta emoción.

— No tenéis que perder tiempo, prosiguió la reina ; cuanto menos inquietud tengan los joyeros, tanto más seguras estaremos nosotras del secreto ; llevádselo pronto, y que nadie vea el estuche. Primero entrad en vuestra casa, para que una visita á Bøhmer á estas horas no despierte las sospechas de la policía, que de seguro se ocupa de lo que se hace en mi casa ; luego, cuando vuestra vuelta á casa haya desorientado los espías, pasad á casa de los joyeros, y traedme un recibo de ellos.

— Bien, señora ; así lo haré puesto que lo queréis.

Juana metió el estuche bajo su manteleta, cuidando de que no se percibiese el volumen de la caja, y subió á su carroza con todo el celo que reclamaba la augusta cómplice de su acción.

Primeramente, para obedecer á la reina, se hizo conducir á su casa, y envió la carroza á M. de Rohán, á fin de no descubrir nada del secreto al cochero que la había conducido; luego, mandó que la desnudaran para ponerse un traje menos elegante y más á propósito para aquella comisión nocturna.

Su doncella la vistió con rapidez, y observó que estaba pensativa y distraída durante esta operación que solía honrar con toda la atención de una mujer de corte.

Juana en realidad no pensaba en su prendido, se dejaba hacer, y dirigía su atención hacia una idea extraña inspirada por la ocasión.

Se preguntaba si el cardenal no cometía una grande falta en dejar á la reina devolver aquel collar, y si la falta cometida no iba á ser una causa de amenguar la fortuna que M. de Rohán soñaba y podía lisonjearse de alcanzar participando de los pequeños secretos de la reina.

Obrar según la orden de María Antonieta sin consultar á M. de Rohán, ¿no era faltar á los primeros deberes de la asociación? Aun cuando tuviese apurados todos sus recursos, ¿no preferiría el cardenal venderse á sí mismo, á dejar á la reina privada de un objeto que ella había codiciado?

— No puedo menos de ir á consultar al cardenal, se dijo Juana.

— ¡Un millón cuatrocientas mil libras! añadió interiormente, ¡jamás tendrá esa suma!

Luego, de súbito, volviéndose hacia su doncella:

— Salid, Rosa, dijo.

La doncella obedeció, y madama de La Motte continuó su monólogo mental.

— ¡Qué suma, qué fortuna, qué radiante vida, y qué

bien representados están toda la felicidad y todo el brillo que proporciona semejante suma por esta culebrita de piedras que está despidiendo llamas en ese estuche!

Abrió el estuche y se abrasó los ojos con el contacto de aquellas fluidas llamas... Sacó el collar, lo arrolló á sus dedos, y lo encerró en sus dos manecitas diciendo:

— ¡Un millón cuatrocientas mil libras que caben aquí! porque este collar vale un millón cuatrocientas mil libras contantes, y los joyeros darían aún por él este precio.

Extraño destino que permite á la Juanita de Valois por-diosera y obscura, el tocar con su mano la mano de una reina, la primera del mundo, y el poseer también en sus manos, aunque por una hora, un millón cuatrocientas mil libras, una suma que nunca anda sola en este mundo, y que siempre se la hace ir escoltada por guardianes armados ó por garantías que no pueden ser menores en Francia que las de un cardenal y de una reina.

— ¡Todo esto en mis diezdedos!... ¡Qué pesado es, y qué ligero!

Para llevar en oro, precioso metal, el equivalente de este collar, necesitaría dos caballos; para llevarle en billetes del Tesoro... ¿y se pagan siempre los billetes del Tesoro? ¿no hay que firmar, que visar? Y luego un billete es de papel, y lo destruyen el fuego, el aire ó el agua. Un billete, no tiene curso en todos los países; revela su origen, descubre el nombre de su autor y el de su portador. Un billete del Tesoro, al cabo de cierto tiempo, pierde una parte ó todo su valor; mientras, por el contrario, los diamantes son la materia dura que resiste á todo, y que todo hombre conoce, aprecia, admira y compra, en Londres, en Berlín, en Madrid, y hasta en el Brasil. Todos conocen lo que es

un diamante, sobre todo un diamante del tamaño y las aguas que tienen estos. ¡Qué hermosos son, qué admirables, qué conjunto y qué detalles! ¡cada uno separado vale quizás más, en proporción, que reunidos!

— ¿Pero en qué voy á pensar? dijo de súbito. ¡Pronto! tomemos el partido de ir á ver al cardenal, ó de devolver el collar á Bøhmer como me ha encargado la reina...

Y se levantó conservando en su mano los resplandecientes diamantes.

— De consiguiente van á volver á manos del frío joyero, que los pesará y los pulirá; estos diamantes, que podían brillar sobre la garganta de María Antonieta... Bøhmer gritará al principio, luego se tranquilizará reflexionando que se queda con la ganancia y con la mercancía. ¡Ah, se me olvidaba! ¿en qué forma debo mandar que se redacte el recibo del joyero? Este es un asunto grave; sí, en esta redacción hay que emplear mucha diplomacia, pues es preciso que el recibo no comprometa á Bøhmer, ni á la reina, ni al cardenal, ni á mí.

— Jamás redactaré yo sola semejante documento: necesito un consejero.

— ¡El cardenal!... ¡Oh, no! Si el cardenal me amase más, ó fuera más rico y me regalase los diamantes...

Juana se sentó en su sofá con el collar enrollado en su mano, la cabeza ardiendo, llena de pensamientos confusos que á veces la espantaban y que ella rechazaba con febril energía.

De súbito sus ojos se quedaron más calmados y más fijos sobre una imagen de pensamiento uniforme; sin percibir que los minutos pasaban, que todo tomaba en ella un aplomo desde entonces inalterable; que, semejante á esos

nadadores que han puesto el pie en el fango de los ríos, cada movimiento que hacía para desembarazarse la sumergía más adentro. Una hora transcurrió en esa muda y profunda contemplación de un objeto misterioso.

Después de esto, se levantó lentamente, pálida como la sacerdotisa por la inspiración, y llamó á su doncella.

Eran las dos de la mañana.

— Buscadme un fiacre ó un carricoche, si no hay otros carruajes, dijo.

La doncella halló un fiacre que dormía en la antigua calle del Templo.

Madama de La Motte subió sola al fiacre y despidió á su doncella.

Diez minutos después, el fiacre se paraba á la puerta del folletista Retaud de Villette.

CAPÍTULO IX.

EL RECIBO DE BOEHMER Y EL RECONOCIMIENTO DE LA REINA.

El resultado de esta visita nocturna hecha al folletista Retaud de Villette, sólo se supo el día siguiente, y he aquí cómo.

Á las siete de la mañana madama de La Motte hizo llegar á manos de la reina una carta que contenía el recibo de los joyeros. Este documento importante estaba concebido en estos términos:

«Nosotros los infrascritos reconocemos haber recibido el collar de diamantes vendido primitivamente á la reina por una suma de un millón seiscientas mil libras, por no haber agradado los diamantes á S. M., quien nos ha indemnizado de nuestras diligencias y desembolsos, cediéndonos una suma de doscientas cincuenta mil libras que se nos habían entregado.»

» *Firmado:* BOEHMER Y BOSSANGE. »

La reina, tranquila entonces sobre este negocio que la había atormentado demasiado tiempo, metió el recibo dentro de su ropero y no pensó más en él.

Pero por una extraña contradicción con este billete, los joyeros Bøehmer y Bossange recibieron dos días después la visita del cardenal de Rohán, el cual había conservado alguna inquietud sobre el pago del primer plazo convenido entre los vendedores y la reina.

M. de Rohán halló á Bøehmer en su casa del muelle de la Escuela. Desde la mañana, á haber habido retardo ó negativa, debía estar alarmado el campo de los joyeros.

Pero, al contrario, en casa de Bøehmer, todo respiraba tranquilidad, y M. de Rohán se alegró mucho de hallar á los criados de semblante risueño, y al perro de casa con lomo rollizo y cola inquieta. Bøehmer recibió á su ilustre cliente con la expansión de la alegría.

— Y bien, dijo el primero; hoy vence el primer plazo. ¿La reina ha pagado sin duda?

— No, monseñor, respondió Bøehmer. S. M. no ha podido dar dinero. Sabéis que M. de Calonne no ha obtenido la aprobación del rey. Todo el mundo habla de eso.

— Sí, todo el mundo habla de eso, Bøehmer, y precisamente es la negativa del rey la que me trae aquí.

— Pero S. M. es excelente y bondadosa, prosiguió el joyero. No habiendo podido pagar, ha garantido la deuda, y nosotros no pedimos más.

— ¡Ah, tanto mejor! exclamó el cardenal; ¿decís que ha garantido la deuda? Está muy bien; pero... ¿cómo?

— Del modo más sencillo y delicado, replicó el joyero; de un modo enteramente regio.

— ¿Quizás por el intermedio de esa condesa tan despedada?

— No, monseñor, no. Madama de la Motte no se ha pre-

sentado siquiera, y eso es lo que nos ha lisonjeado mucho á M. Bossange y á mí.

— ¡ No se ha presentado ! ¿ La condesa no se ha presentado ?.. Sin embargo, estad persuadido, M. Bøhmer, de que ella tiene alguna parte en eso, porque toda buena inspiración debe emanar de la condesa. Ya comprenderéis que no es mi ánimo rebajar en nada el mérito de S. M.

— Monseñor va á juzgar si S. M. ha sido delicada y bondadosa con nosotros. Habían circulado rumores sobre la negativa del rey á aprobar las quinientas mil libras, y nosotros escribimos á madama de La Motte.

— ¿ Cuándo le escribisteis ?

— Ayer, monseñor.

— ¿ Y qué respondió ?

— ¿ No sabe nada Vuestra Eminencia ? preguntó Bøhmer con un ligero matiz de respetuosa familiaridad.

— No, pues hace tres días que no he tenido el honor de ver á la condesa, respondió el cardenal como verdadero príncipe.

— Pues bien, monseñor ; madama de La Motte nos respondió esta sola palabra : ¡ *aguardad!*

— ¿ Os la respondió por escrito ?

— No, monseñor, de viva voz. En nuestra carta suplicábamos á madama de La Motte que os pidiese una audiencia y que advirtiese á la reina que se aproximaba el pago.

— La palabra *aguardad* era muy natural, repuso el cardenal.

— De consiguiente aguardamos, monseñor, y ayer por la noche recibimos de la reina una carta que nos envió por un correo muy misterioso.

— ¡ Una carta ! ¿ á vos, Bøhmer ?

— Ó mejor dicho, un reconocimiento en debida forma, monseñor.

— Veámoslo, dijo el cardenal.

— ¡ Oh ! con gusto os lo mostraría, si mi socio y yo no nos hubiésemos jurado el no manifestarlo á nadie.

— ¿ Y por qué ?

— Porque la misma reina nos ha impuesto esta reserva, monseñor, puesto que nos recomienda el secreto.

— ¡ Ah ! es diferente ; vosotros los joyeros sois muy dichosos en tener cartas de la reina.

— Por un millón trescientas cincuenta mil libras, monseñor, dijo el joyero sonriendo, se puede tener...

— Diez millones, ciento, no pagan ciertas cosas, repuso el prelado con severidad. En fin, ¿ estáis bien garantidos ?

— Cuanto es posible, monseñor.

— ¿ La reina reconoce la deuda ?

— Bien y en debida forma.

— ¿ Y se obliga á pagar ?

— Quinientas mil libras dentro de tres meses, y el resto dentro de seis.

— ¿ Y... los réditos ?..

— ¡ Oh ! monseñor, una palabra de S. M. los garantiza. « *Hagamos*, añadió S. M. con bondad, *hagamos este negocio entre nosotros, entre nosotros...* Vuestra Exce-lencia comprende perfectamente la recomendación ; y *no tendréis de qué arrepentiros.* » ¡ Y firma ! Ya veis, monseñor, desde ahora es un negocio de honor para mi socio y para mí.

— De consiguiente yo quedo ya libre de toda obligación hacia vos, M. Bøhmer, dijo el cardenal muy contento. Que hagamos pronto otro negocio.

— Cuando Vuestra Eminencia se digne honrarnos con su confianza.

— Pero notad aun en eso la mano de esa amable condesa...

— Monseñor, estamos muy agradecidos á madama de La Motte, y Bossange y yo hemos convenido en reconocer sus bondades cuando hayamos recibido el pago íntegro del collar en dinero contante.

— ¡Chut, chut! dijo el cardenal. No me habéis comprendido.

Y se volvió á su carroza, escoltado por los respetos de toda la casa.

Ahora ya se puede quitar la máscara. Para ninguno ha quedado velada la estatua. Lo que Juana de La Motte ha hecho contra su bienhechora, todos lo habrán comprendido, viéndola servirse de la pluma del folletista Retaud de Villette. Ninguna inquietud había ya en los joyeros, ningún escrúpulo en la reina, ninguna duda en el cardenal. Tres meses están acordados á la perpetración del robo y del crimen; y en estos tres meses los frutos siniestros habrán madurado bastante para que los recoja la mano malvada.

Juana volvió á casa de M. de Rohán, quien le preguntó cómo se había arreglado la reina para acallar las exigencias de los joyeros.

Madama de La Motte respondió que la reina había hecho una confianza á los joyeros; que había recomendado el secreto; que una reina que pagaba tenía ya bastante necesidad de ocultarse, pero que cuando pedía que la fiasen, tenía aun mucha más necesidad de hacerlo.

El cardenal convino en que tenía razón, y al mismo tiempo preguntó si aun se acordaba de sus buenas intenciones.

Juana hizo una pintura tan excelente de la gratitud de la reina, que M. de Rohán quedó entusiasmado mucho más como hombre galante que como súbdito; mucho más en su orgullo que en su adhesión.

Juana, conduciendo esta conversación á término, había resuelto volver tranquilamente á su casa, abocarse con un mercader de piedras finas, vender por cien mil escudos de diamantes, y marcharse á Inglaterra ó Rusia, países libres donde pensaba vivir lujosamente cinco ó seis años, y al cabo de estos, sin poder ser inquietada, principiar á vender ventajosamente al pormenor los diamantes restantes.

Pero no todo le salió á medida de sus deseos. Á los primeros diamantes que mostró á dos inteligentes, la sorpresa de los Argos y sus reservas espantaron á la vendedora. El uno ofreció sumas despreciables, el otro se extasiaba ante los diamantes, diciendo que jamás había visto otros semejantes sino en el collar de Bøhmer.

Juana se contuvo; pues con un paso más era descubierta. Comprendió que en semejantes casos la imprudencia era la ruina, y que la ruina era la picota y una cárcel perpetua. Encerrando los diamantes en lo más profundo de sus escondrijos, resolvió proveerse de armas defensivas tan sólidas, y de armas ofensivas tan aceradas, que en caso de guerra fuesen vencidos de antemano los que se presentasen al combate.

Bordear entre los deseos del cardenal que trataría siempre de saber, y entre las indiscreciones de la reina que se lisonjearía siempre de haber rehusado, era un peligro terrible. Si había la más leve explicación entre la reina y el cardenal, todo quedaba descubierto. Juana se fortaleció pensando en que el cardenal, enamorado de la reina, tenía

una venda en los ojos como todos los enamorados, y que por consiguiente caería en todos los lazos que la astucia le tendiese bajo una sombra de amor.

Pero ese lazo, era preciso que una mano hábil lo presentase, de manera que cayesen en él los dos interesados; era preciso que si la reina descubría el robo, no osase quejarse, y que si el cardenal descubría la superchería, se reconociese perdido: era un golpe maestro contra dos adversarios que tenían de antemano todos los votos en su favor.

Juana no se arredró, pues era uno de esos caracteres intrépidos que llevan el mal hasta el heroísmo, y el bien hasta el mal. Desde entonces un solo pensamiento la preocupó, el de impedir una entrevista del cardenal y de la reina.

Mientras que Juana estuviese interpuesta entre ellos, nada había que temer; si por detrás de ella se cambiaban una palabra, esta palabra arruinaba en Juana la fortuna de porvenir levantada sobre la inocencia del pasado.

— No volverán á verse; no, ¡jamás! dijo para sí.

— Sin embargo, se objetó, el cardenal querrá ver á la reina, y lo intentará.

— No aguardemos á que lo intente, pensó la astuta condesa; inspirémosle esta idea. Que quiera verla; que lo solicite; que se comprometa solicitándolo.

— Sí, pero ¿si sólo se compromete él?

Y esta última idea le causaba una perplejidad dolorosa.

— Comprometido él solo, la reina tiene su recurso; ¡la reina habla tan alto! sabe tan bien arrancar la máscara á los trapaceros!

— ¿Qué hacer? Para que la reina no pueda acusar, es preciso que no pueda abrir la boca; para cerrar esa boca noble y animosa, es preciso comprimir sus resortes con la iniciativa de una acusación.

Tal se atreve á acusar de robo ante un tribunal á su criado, que puede ser convicto por su criado de un crimen tan infamante como el robo. Si M. de Rohán se compromete con respecto á la reina, es casi seguro que la reina se comprometerá en cuanto á M. de Rohán.

Pero ¡no vaya la casualidad á acercar esos dos seres interesados en descubrir el secreto!

Juana retrocedió de pronto ante la enormidad del peñasco suspendido sobre su cabeza. ¡Vivir de ese modo, siempre agitada, azorada, bajo la amenaza de semejante caída!

Sí, pero ¿cómo evadirse de esa angustia? ¡Con la fuga, con el destierro, y la traslación á país extranjero de los diamantes del collar de la reina!

¡Huir! Es cosa fácil. Una buena silla de posta se proporciona en diez horas, en el espacio de uno de aquellos sueños de María Antonieta; en el intervalo que media entre la cena del cardenal con algunos amigos y la madrugada del día siguiente. Que el camino real se presente desembarazado ante Juana, que presente su infinito pavimento á los ardientes pies de los caballos, y eso basta; en diez horas, Juana estará libre, sana y salva.

Pero ¡qué escándalo, qué oprobio! ¡Fugada aunque libre! ¡en seguridad, pero proscrita! Juana no es ya una mujer de calidad; es una ladrona, una contumaz á quien no alcanza la justicia, pero á quien ésta señala; á quien no quema el hierro del verdugo, porque está demasiado lejos, pero á quien devora y pulveriza la opinión pública.

No, no huirá. El colmo de la audacia y el colmo de la astucia son como las dos cimas del Atlas que se parecen á los gemelos de la tierra: el uno conduce al otro; el uno vale tanto como el otro; quien vé al uno vé al otro.

Juana resolvió echar mano de su aadacia y quedarse, y resolvió esto especialmente cuando vislumbró la posibilidad de crear entre el cardenal y la reina una mancomunidad de terror para el día en que uno ú otro quisiese percibir que se había cometido un robo en su intimidad.

Juana se había preguntado lo que podrían producir en dos años el favor de la reina y el amor del cardenal, y había valuado el producto de estas dos felicidades en quinientas ó seiscientas mil libras; después de las cuales, el disgusto, la desgracia y el abandono debían venir á hacer expirar el favor, la boga y la fortuna.

— Por mi plan gano siete ú ochocientas mil libras, se dijo la condesa.

Se verá cómo esta alma profunda se franqueó el camino tortuoso que debía conducir á la vergüenza para ella, y á la desesperación para los otros.

— Quedar en París, dijo en resumen la condesa, mantenerme firme presenciando todo el juego de los dos actores; no dejarles hacer más papel que el útil á mis intereses; escoger entre los buenos momentos uno favorable para mi fuga, bien sea una comisión dada por la reina, ó bien una verdadera desgracia cogida al vuelo.

— Impedir al cardenal el comunicar nunca con María Antonieta.

— He ahí la principal dificultad, porque M. de Rohán está enamorado, es príncipe, tiene el derecho de presentarse en el cuarto de S. M. muchas veces al año, y la reina, coqueta y ávida de homenajes, y por otra parte agradecida al cardenal, no huirá si la buscan.

Ese medio de separar á los dos augustos personajes lo suministrarán los acontecimientos, y ya se sabrá impulsar los acontecimientos.

Nada sería tan bueno, tan diestro como excitar en la reina el orgullo que corona la castidad. Nadie duda que una declaración algo viva del cardenal ofenderá á la mujer sagaz y delicada, pues las naturalezas parecidas á la de la reina gustan de los homenajes, pero temen y rechazan los ataques.

Sí, el medio es infalible. Aconsejando á M. de Rohán que se declare libremente, el corazón de María Antonieta sentirá un impulso de repugnancia y antipatía que alejará para siempre, no al príncipe de la princesa, sino al hombre de la mujer, al varón de la hembra. Por esta razón, se habrán tomado armas contra el cardenal, cuyas maniobras todas se paralizarán en el gran día de las hostilidades.

— Sea. Pero, lo repito, haciendo al cardenal antipático á la reina, no se obra más que sobre el cardenal; se deja radiante la virtud de la reina, es decir, se deja libre á esa princesa, y se le da esa libertad de lenguaje que facilita toda acusación y le da el peso de la autoridad.

Lo que se necesita es una prueba contra M. de Rohán y contra la reina; es una espada de dos filos que hiera á derecha é izquierda, que hiera cortando la misma vaina.

Lo que se necesita es una acusación que haga palidecer á la misma reina, que haga ruborizarse al cardenal, y que, acreditada, lave de toda sospecha á Juana, confidenta de los dos principales culpables. Lo que se necesita es una combinación tras de la que parapetada Juana, en su tiempo y lugar, pueda decir: No me acuséis, ó sino os acuso, no me perdáis ó sino voy á perderos. Dejadme la fortuna, yo os dejaré el honor.

— Esto merece buscarse, pensó Juana, y lo buscaré. Desde hoy mi tiempo está pagado.